

ACTUALNEUROSIS^[1] Y ADICCIONES

LA VIVENCIA DE DOLOR

Alberto Loschi

Para circunscribir el campo de lo que entendemos por adicciones diremos que las mismas se caracterizan por: una fuerza compulsiva que las dirige; una dependencia al objeto adictivo que también trasciende la voluntad del yo y, en caso de darse la privación del mismo, lo que se acostumbra llamar "síndrome de abstinencia", que cabe diferenciar del duelo por el objeto.

Otra cualidad de la relación adictiva es el exceso, lo que los antiguos griegos llamaban *hybris*, y que en su grado extremo llega a la relación exclusiva con el objeto de adicción, suprimiéndose toda otra actividad o interés.

He encontrado en los trabajos de mi amigo -R.J. Rusconi- lo que se puede considerar la figura paradigmática del adicto: el vampiro, razón por la cual me apoyaré en sus estudios sobre el vampiro para abordar el tema de la adicción.

Repasando la somera caracterización que hicimos de la adicción en las primeras líneas, resulta claro que también definen al vampiro: la fuerza que guía su existencia es la compulsión a chupar sangre, de la que depende absolutamente; verse privado de la misma lo 'enferma', chupar sangre le da vida y cuando no lo hace -durante la luz del día- permanece en estado de letargo. Un dato interesante es que sale del letargo (un estado tóxico, expresión de una actualneurosis) por una 'adicción': chupar sangre. Esa relación 'adictiva' con la sangre es excluyente y la que puede tener con sus víctimas es secundaria y está supeditada a aquella.

Podría objetarse que mientras para el vampiro la sangre es condición de vida, para el adicto, el objeto de su adicción -por el mismo exceso sino por otra cosa- resulta tóxico y, muchas veces, es condición de muerte. Lo que para uno es 'vida' para el otro es 'muerte'. Pero la búsqueda del objeto adictivo para el adicto es vivida como vital, fundamental para su bienestar y aun cuando tenga conciencia de su efecto nocivo, por una suerte de escisión lo reniega. Tal como el vampiro, el adicto experimenta síntomas de neurosis actual de los que procura 'curarse' recurriendo a su objeto de adicción. Se da la paradoja que lo que lo 'cura' de un estado tóxico (la neurosis actual) es otro tóxico.

Dijimos que el exceso del adicto es tóxico^[2] y, haciendo el análisis de la palabra *tóxico*, encontramos en ella un sentido antitético. Proviene del griego *toxicon*

cuyo significado es *veneno* y, de mayor interés, resulta la etimología de *veneno*. Viene del latín *venenum* con lo que se aludía a una *pociónmágica* y *venenum* deriva de la raíz indoeuropea **wen*, cuyo significado es *amar, venerar* y de *Venus*, nombre de la diosa del amor (palabras derivadas de *Venus* junto a *veneno* son: *venerar, venéreo, viernes*). Así pues, escondidas en *tóxico* están las palabras *Venus, amar, venerar, venéreo*. Es el amor del súbdito a la diosa, un amor tóxico, incestuoso, el amor que mata. La figura de *súbdito de la diosa del amor* late en el espíritu del adicto.

Resulta interesante que al mismo lugar que nos ha llevado ahondar en la palabra *tóxico* nos lleva la etimología de *adicción*. La palabra *adicto* viene del latín *addictus* que significa *adjudicado* o *heredado*. Esto es porque después de una guerra, los romanos hacían una subasta donde regalaban (adjudicaban) esclavos a los soldados que habían peleado bien. Esos esclavos eran conocidos como *addictus*. De tal modo *adicto* es *esclavo*. Esclavo de su objeto de adicción.

'*Súbdito de la diosa del amor*' nos remite a Graves cuando señala que los jóvenes '*veneraban*' a la Diosa Blanca emasculándose y vaciando su sangre en ella en un rito de fertilidad. Daban vida al dar su sangre, por lo que morían.

El vampiro condensa los sentidos que hemos encontrado en el análisis de las palabras ligadas a *adicción*.

El vampiro necesita de sangre en forma absoluta y excluyente, sangre que toma del cuerpo de sus víctimas; en general la 'víctima dadora de sangre' es una mujer. Como dice Rusconi tomándolo de Chiozza, esta relación con la sangre remite inequívocamente a lo fetal: "*Si tomamos en cuenta el hecho biológico de que el feto se alimenta de la sangre materna, que vive y crece y se puede materializar gracias a ese aporte de la sangre de la madre, esto nos da una vía importante para considerar. Porque entonces cabe la hipótesis de que el vampiro también pase a representar algo del orden de lo no nacido*"^[3].

Eso 'no nacido' corresponde a aspectos del yo ideal, esa estructura heredera de lo 'fetal' que siempre '*pide más*' y que remite, en una metáfora biológica, a un objeto particular: la placenta, doble del feto; "*Del mismo huevo, una parte se desarrolla como placenta, otra como feto. Pero cuando la mujer da a luz (recordemos que la luz mata al vampiro) en el momento del alumbramiento, cuando se expulsa la placenta, el bebé vive y la placenta muere al ser dada a luz (vive en las sombras)...la placenta es aquella parte del embrión dedicada a chupar sangre. Es la que va horadando con sus vellosidades coriales los vasos del endometrio para que el feto se alimente*". Y Rusconi cita a Lacan cuando en el seminario XI dice: "*la placenta, porque representa claramente esa parte de sí mismo que el individuo pierde al nacer y que puede servir para simbolizar al más profundo objeto perdido*".

También alude a un diálogo en el que, en una carta, Freud le dice a Jung que la placenta es el mellizo del feto que muere al nacer^[4].

La estructura ideal –yo ideal- corresponde a lo ‘no nacido’, es la presencia viva de la nada. Así la describe F. Pessoa, identificándola con el diablo: *“Soy el negativo absoluto, la encarnación de la nada. Lo que se desea y no se puede obtener, lo que se sueña porque no puede existir; en eso está mi reino nulo y ahí se asienta el trono que no me fue dado. Lo que podría haber sido, lo que debería haber habido, lo que la Ley o la Suerte no dieron... los arrojé a manos llenas al alma del hombre y a ella lo perturbó sentir la vida viva de lo que no existe”*^[5].

Así como Pessoa le da representación con el diablo, la demanda de esa estructura ideal también cobra representación en la figura del vampiro.

La demanda del yo ideal tiene un poder irresistible -el poder de ‘el muerto’- ante la cual el cuerpo se entrega como ‘alimento’. Es demanda pulsional y, en última instancia, pulsión de muerte. Así la describe Guy de Maupassant: *“Se veía a aquel hombre asolado, roído por su pensamiento igual que una fruta roída por un gusano. Su locura, su idea, estaba allí, en aquella cabeza, obstinada, torturante, devoradora. Se comía el cuerpo poco a poco. Ella, la invisible, la impalpable, la inalcanzable, la inmaterial idea minaba la carne, bebía la sangre, apagaba la vida”*^[6].

Esa demanda, ‘el llamado de los muertos’, es angustia en el yo. Conocemos los destinos que el yo puede dar a esa demanda pulsional –represión, sublimación- y, más allá, la angustia conlleva un trastorno en el yo: el yo se identifica al ‘vampiro’ y va en busca de ‘sangre’.

El alcohol, como lo señala Rusconi citando a Abraham, es un equivalente inconsciente de sangre y podemos hacer extensiva esa equivalencia a las drogas en general. Recordemos que el efecto de las mismas se mide en sangre y podríamos conjeturar que esa modificación tóxica de la sangre busca remedar la sangre fetal.

La sangre fetal recibía el alimento del ‘cuerpo-madre’, con el nacimiento ese aporte se interrumpe bruscamente dejando en su lugar la ‘demanda voraz’ del ‘objeto perdido’.

Ese objeto perdido perdura como yo ideal *“con sus características de narcisismo originario, omnipotente, megalomaniaco, destructivo y correspondiente al núcleo incestuoso de la tragedia edípica. Pero en tanto vampiro representa ante la conciencia el hecho de que se le da la sangre, se le entrega la vida con el máximo goce masoquista en medio de la fascinación hipnótica de una re-uniión que promete ser eterna pero en verdad ilusoria, imposible, con ese ideal-objeto perdido fundamental”*. Y agrega: *“El vampiro es lo que presenta a la conciencia aquello del yo*

ideal...a lo que se le da la sangre, es decir se le entrega la vida con el máximo goce^[7].

El yo megalómano, identificado al ideal, al igual que el feto necesita 'sangre' para sostener su omnipotencia^[8]. Cuando ésta falta, la omnipotencia cae y, al decir de Freud y como la clínica lo constata, al caer la omnipotencia aparece la angustia hipocondríaca; es la oscura percepción del yo de que el 'vampiro' –el ideal- demanda ahora su 'libra de carne'.

Se plantean así algunas correlaciones que sería de interés indagar: ¿'La sangre' que requiere toda omnipotencia va asociada a alguna adicción, manifiesta o disfrazada? ¿La adicción oculta la hipocondría? ¿El adicto, sometido a la demanda ideal que lo 'chupa', busca como 'salvación' ese 'aporte' que perdió?

El adicto, consumido por esa demanda ideal, busca objetivar, dar alguna figuración al 'objeto perdido'. El jugador busca en su adicción lograr los favores de la Diosa Fortuna aunque, en su compulsión masoquista, le hace entrega de su 'sangre' en la forma del dinero. El adicto al sexo busca La Diosa y en sus periplos sexuales y masturbatorios le hace entrega de su semen-sangre (y también de su dinero)^[9]. El adicto al trabajo busca aferrarse a un padre salvador entregando su 'sudor' a cambio de la 'sangre', aunque no siempre ese 'padre' lo salva, en ocasiones una hemorragia digestiva se 'cobra' la cuota de sangre.

Esta estructura ideal es la que nos da origen, representa a los protopadres, los padres del incesto, que demandan, obligan al incesto. Los padres de la historia personal darán continencia a esa estructura ideal y, durante el prolongado trabajo de crianza, procederán a metabolizar, desintoxicar y transformar el contenido tanático de la misma a través de la elaboración y atravesamiento del complejo de Edipo-complejo de castración. Cuando todo el proceso se desarrolla favorablemente tiene lugar la consolidación del ideal del yo, formación reactiva al yo ideal^[10]. La misma posibilitará darle distintos destinos a la demanda ideal (represión, sublimación).

De la historia con los padres de crianza resultan las identificaciones secundarias, sobre ellas asienta el ideal del yo. La historia de esta formación traza las líneas que configurarán la psiconeurosis. No obstante, en las 'entrañas' del edificio psíquico sigue vigente y latiendo la demanda del ideal, 'el llamado de los muertos, demandando sangre'; sus periódicas 'erupciones' se presentan como angustia y/o sus diversas manifestaciones somáticas. Esto último pertenece a lo que Cesio llama los núcleos de actualneurosis.

Es de interés señalar que mientras lo que llamamos psiconeurosis resulta permeable a la palabra, lo atinente a la actualneurosis, como ya lo señalara Freud, se muestra particularmente resistente a “la cura por la palabra”^[11]. Es común que los síntomas de la misma, esquivando la palabra que se intercambia con otro, busquen contrarrestarse con adicciones. Un sujeto que padece *insomnio* por las noches y *letargo* durante el día, es adicto por las noches a las películas pornográficas y durante el día a visitar compulsivamente prostitutas. Otro, para ‘matar’ el *aburrimiento*, pasa horas ‘navegando’ por Internet. Un adicto al trabajo, para quien no existían sábados ni domingos, feriados ni vacaciones, cuando intenta cambiar su ritmo de vida sufre un *accidente cerebrovascular*. Es común que para evitar la *ansiedad* se establezcan relaciones adictivas. El tabaco, el alcohol y las drogas en general procuran esquivar los momentos de *angustia* y *dolor*^[12]. Se establece así el objeto de adicción, es aquél que sirve de ‘remedio’ a la actualneurosis. La privación del mismo hace aparecer el síndrome de abstinencia que, precisamente, es un conjunto de síntomas propios de lo actual de la neurosis. El carácter ambivalente del ‘remedio’ se pone en evidencia ya que su uso prolongado (por el fenómeno de la tolerancia hay que aumentar la dosis y no se puede suspender la ‘administración’ del mismo) lleva a trastornos que son de la órbita de la actualneurosis.

La adicción es un fenómeno de época. Aunque siempre existió, es pandémico sólo desde hace unas décadas. Va de la mano de la inestabilidad económica, laboral, institucional, decadencia del apego a la religión (el ‘opio’ de los pueblos), pérdida de vigencia de las ideologías, crisis en las relaciones de objeto. Podemos postular la hipótesis de que la estabilidad en las ‘necesidades vitales’ (economía, trabajo, intereses en actividades y lazos sociales) y, sobre todo, en las relaciones de objeto, logran equilibrar (nunca del todo y siempre más o menos) los embates de lo actual de la neurosis. No creo que sea pertinente llamar adicciones a esas ‘necesidades’ aunque sea difícil establecer el límite que las diferencia. Sirve de orientación que falten los caracteres que señalamos al comienzo: la compulsión, la dependencia extrema, el exceso y, además, la pérdida de uno de esos objetos lleva al trabajo de duelo mientras que la privación del objeto de adicción trae el síndrome de abstinencia, una neurosis actual.

Debemos señalar que también la ‘relación’ con el síntoma psiconeurótico equilibra y contrarresta el empuje de lo actual de la neurosis^[13], es debido a ello que cuando el análisis tiende a resolver los síntomas de psiconeurosis (fobias, rituales obsesivos, conversiones) pueden aparecer aquellos de lo actual de la neurosis, sobre todo angustia. Y es este componente actual el que liga con

más fuerza al analista y le da al vínculo analítico cierta cualidad adictiva. La adicción al análisis forma parte, en mayor o menor medida, de todo tratamiento que funcione y es de esperar que pueda ser resuelta con el progreso del mismo. Eso que acontece en un tratamiento individual puede aplicarse también a la sociedad toda. En la época de Freud las adicciones no constituían una pandemia, sí, en cambio, las psiconeurosis. El psicoanálisis pudo dar respuesta a las mismas y, al reducirse la prevalencia de éstas, van pasando a primer plano las manifestaciones de lo actual de la neurosis. Cabe pues considerar la participación que tuvo y tiene el psicoanálisis en tal cambio. Y es tarea del análisis indagar en aquello que él mismo ha participado en su aparición.

Por el cambio cultural señalado –en el que ha participado el psicoanálisis–, las adicciones se han instalado como un fenómeno pandémico de época. No es extraño ver aparecer cuadros de angustia en caso de que falte la televisión, Internet, el celular. Con un pensamiento libre de prejuicios podría plantearse que así como el psicoanálisis fue la respuesta a las psiconeurosis, las adicciones lo son para la actualneurosis (Vg. la psicofarmacología), pero...todo exceso lleva el germen de su propia destrucción, creemos que sigue siendo de la órbita del psicoanálisis el abordar la actualneurosis con sus nuevos desafíos.

Angustia, adicción, dolor
Mabel

Mabel, una mujer de 37 años, consultó por ser alcohólica. Durante la entrevista me sorprendí al escuchar que hacía cuatro o cinco años que no tomaba una gota de alcohol. Concurría a un grupo de alcohólicos anónimos y desde entonces había abandonado completamente la bebida; no obstante se presentaba como *'liquidada por el alcohol'*.

Su aspecto contrastaba con su posición social y sexual. Provenía de una familia de cierta alcurnia, acomodada económicamente, pero se vestía como un adolescente indigente. El descuido personal y un marcado estrabismo llamaban la atención.

La menor de tres hermanas, era la única que no se había casado. Su padre se había suicidado hacía diez años de un tiro en la cabeza y fue Mabel la que encontró el cadáver. Había sido un industrial, muy ajeno a la vida familiar; Mabel no sabía prácticamente nada de él. Su madre, una mujer fría y distante que *'nunca me llamó por el nombre'*.

Sedienta de afecto se había entregado al alcohol desde su adolescencia. Hacía años que no tenía vida sexual, durante un período –entre los veinte y veinticinco años– ésta había sido promiscua y casi siempre asociada a la bebida, se emborrachaban en grupo y a veces, según decía, ni se acordaba con quién había pasado la noche.

A poco de iniciar análisis dejó de concurrir a alcohólicos anónimos y apareció un síntoma nuevo que llegó a ser preocupante: el vértigo. Comenzó a tener intensos ataques de vértigo que la asaltaban en cualquier momento, cuando le ocurrían en la calle se sentaba en el suelo a esperar que le pasara, otras veces le pedía a un hombre que pasaba que la abrazara, eso interrumpía el ataque. Otro 'remedio' que calmaba el vértigo era el alcohol, al que había vuelto.

De entrada hizo una ligazón muy fuerte a mi persona. Era común que llegara a sesión con un estado de ansiedad desbordante y bastaba que yo empezara a hablar para que se aliviara. El ataque de vértigo era el equivalente de un amor de transferencia. La 'sed' de afecto que manifestaba era enorme, parecía una 'huérfana', sin embargo 'vivía pegada a su madre' (tenían casas vecinas); la relación con ella también era adictiva.

Cuando el ataque de vértigo le acontecía en sesión no podía mantenerse recostada en el diván y se sentaba. Fue durante uno de esos ataques que se me ocurrió dirigirme a ella por su nombre. El efecto fue notable. La crisis de vértigo se suspendió y, a la vez, noté un cambio significativo en su mirada (recordemos que era estrábica), por primera vez sentí que me miraba y, también es válido, que yo por primera vez la miraba.

A partir del efecto que tuvo pronunciar su nombre volvimos sobre el análisis de esa relación 'anónima' con la madre. Su pertenencia a alcohólicos anónimos le daba una identidad -ser alcohólica-, aunque anónima, como lo era para su madre. Consideré que '*alcohólico*' remitía a algo '*anónimo*', previo al nombre (no nacido).

El vértigo (síntoma de una neurosis de angustia) era una 'conversión actual'^[14] que ponía en escena eso '*anónimo*', aparecía como expresión de una excitación sexual arcaica (sin nombre) frente al cuerpo, sin límites, de la madre; volver a 'su sangre', ser tragada por un abismo, un éxtasis. El suicidio del padre formaba parte del ataque de vértigo. Cuando el ataque le aparecía en la casa se acostaba en el suelo a esperar que se le pase. Así, tirado en el suelo, había encontrado el cadáver del padre.

El vértigo condensaba una excitación desbordante frente al cuerpo sin límites de la madre y la búsqueda de un padre, como límite al desborde. Un abrazo, unas palabras, ser llamada por su nombre contenían el desborde.

Al ser el vértigo un equivalente de angustia era la reacción del yo ante la irrupción del 'llamado de los muertos', los padres del incesto, esa estructura ideal; una 'sobredosis' tóxica de sexualidad y muerte. Ponía en escena a 'Edipo abandonado en el monte Citerón', escena de nacimiento, abandono y muerte (incesto, parricidio, castración). Los padres del incesto, padres-dioses, filicidas,

siempre son abandonónicos, los padres de la historia personal son los adoptivos. En tal sentido Mabel carecía en gran medida de padres adoptivos. Éstos, durante la crianza, ayudan a 'desintoxicar' la carga ideal de los 'padres del incesto'. De tal modo el estado tóxico es previo, la adicción lo revela.

El alcoholismo en Mabel resultaba así una actuación del vértigo, que le subyacía; un intento de hacer activo lo sufrido pasivamente y darle cierta representabilidad a la tragedia íntima anónima. En efecto, borracha es el aborto anónimo, abandonado, que no se sostiene en pie. A la vez, como 'hija de los dioses', identificada a esos 'padres' sus borracheras solían ir acompañadas de orgías; la sexualidad de los dioses.

Si el vértigo está cerca de la angustia (nacimiento, muerte, castración), el alcohol la retrotraía a un estado fetal-ideal, disimulando el vértigo. Podemos suponer que el alcohol en sangre, la alcoholemia, recrea la 'sangre fetal' y vuelve a hacer vigentes las imágenes alucinatorias de omnipotencia, bidimensionales, extrañas a la realidad consensual, que Rascovsky describe en el feto. Así 'olvidaba' la castración, como si el alcohol remedara las aguas del *Lethes*, el río del olvido.

Durante mucho tiempo el análisis de Mabel funcionó como el alcohol. Su adicción al análisis era notoria, mis palabras fácilmente la rescataban de sus crisis, tal como lo hacía el alcohol.

Cuando su adicción al análisis fue cambiando de cualidad le empezó a resultar penoso venir a las sesiones y hablar. Así decía: "*me siento muy rara hablando así*"; "*me parece que lo que digo no tiene cuerpo*"; "*no puedo hablar, es horroroso*"; "*antes no tenía dificultad de hablar*". Desapareció la vivencia '*embriagadora*' que había tenido el análisis. Era notable la imposibilidad de las vivencias de encontrarse con las palabras, la intensidad del dolor lo impedía; Mabel expresaba que no entendía qué era hablar de lo que sentía, imaginaba que lo que sentía saldría como un líquido de su boca quedando ella misma licuada, "*una sensación espantosa*". El *líquido saliendo de su boca* es una suerte de palabra-cosa que condensa el hablar de vivencias dolorosas, del padre *liquidado*, del llanto. '*Ella misma licuada*' alude a 'la madre castrada', '*una sensación espantosa*'.

Fue entrando así en 'la etapa dolorosa' del análisis y, en la medida que aumentaba su capacidad de vivenciar dolor, fueron desapareciendo sus crisis de angustia. También dejaron de aparecer referencias al alcohol, aunque seguía tomando cambió el carácter compulsivo con que lo hacía. Como contrapartida lógica el análisis se volvió mucho más tortuoso. ^[15]

Comprobamos que hay una relación inversa entre la capacidad de vivenciar dolor y la angustia; a menor capacidad de vivenciarlo mayor propensión a la

angustia y viceversa. Por vivencia de dolor entendemos la aparición de un dolor anímico capaz de promover un trabajo de duelo^[16]. Es el dolor genuino, diferente al sufrimiento masoquista. Como representación del mismo diremos que corresponde al corte que separa –y diferencia- el ‘cuerpo propio’ del ‘cuerpo de la madre’; una castración.

Lo que produce este corte desde la perspectiva del psicoanálisis no es tanto un hecho como un dicho, un dicho al que, en psicoanálisis, llamamos *verdad*. Un dicho (nombre) que separa de la omnipotencia.

En tal sentido, para el psicoanálisis *la verdad* no vale tanto por su contenido como por su efecto: sería aquel dicho que, despertando dolor genuino, promueve un trabajo de duelo. Al comienzo de “Albertine desaparecida” dice Proust algo parecido a esto: lo más doloroso no es que Albertine se haya ido, sino que sea verdad^[17]. Ilustra así que el dolor no está en el hecho sino en el dicho; la verdad siempre es un dicho. Un dicho que ya impide o disuelve una desmentida, ya levanta una represión, ya le da un nombre a lo no nacido.

Los síntomas de actualneurosis corresponden a núcleos ‘no nacidos’ que anuncian un dolor que, a la vez, evitan. La diferencia entre el *establishment* y el psicoanálisis frente a lo actual de la neurosis es que mientras el psicoanálisis la trata con ‘verdad y dolor’^[18], el *establishment* lo hace con ‘adicciones’, que evitan el dolor. Poder atravesar la vivencia de dolor posibilita otro modo de relación con el objeto perdido que, si bien “*no existe más*”, su ‘demanda’ siempre está.

[1] Término Introducido por F. Cesio como título a su último libro. Con él alude y nomina los desarrollos que le pertenecen sobre el concepto de Freud de neurosis actuales. A través de tales desarrollos ha despejado lo que corresponde a lo ‘actual’ de la neurosis. Dicho concepto está largamente explicado en muchos de sus trabajos y en el libro homónimo (Actualneurosis Ed. La Peste 2010).

[2] Por tóxico entendemos no sólo la ingestión de sustancias (alcohol, opiáceos, etc.), también la adicción al trabajo, al sexo, a Internet, a un vínculo resulta tóxica. En ese sentido el término toxicomanía nos parece apropiado: manía por

alcanzar un estado tóxico que lo rescate de otro estado tóxico (la neurosis actual).

[3] Rusconi, R.J., Análisis del film Bram Stoker's Drácula: versión Coppola, 1993

[4] Ídem

[5] Pessoa, F. "La Hora del Diablo". Emecé editores

[6] Guy de Maupassant, "La Cabellera". Biblioteca Digital Ciudad Seva

[7] Rusconi, R.J. , "Vampiros: Consideraciones psicoanalíticas" 1996

[8] La omnipotencia infantil es sostenida por el aporte materno, cuando aparece el padre sustituyendo a la madre en el complejo de Edipo la omnipotencia cae y, si las cosas son favorables, llegado el momento es sustituida por la potencia genital.

[9] También, llegado el caso, puede entregar su prestigio y su papel en la sociedad, como aconteció recientemente en el caso de un altísimo funcionario que tuvo repercusión mundial.

[10] Mientras el yo ideal obliga al incesto, el ideal del yo está regido por la prohibición del incesto

[11] Uno de los aportes importantes de Cesio ha sido explicitar un abordaje de *lo actual* por medio de la palabra: la construcción del acto ("El letargo. Una contribución al estudio de la reacción terapéutica negativa. Segunda parte" "Actualneurosis" Ed. La Peste 2010)

[12] Insomnio, letargo, aburrimiento, ansiedad, angustia, cuadros somáticos son manifestaciones de lo actual de la neurosis.

[13] "*La fobia se antepuso a la angustia como si fuera un fortín*" (Freud, S. AE T. V, Pág.573)

[14] Cesio distingue de la conversión histérica una conversión actual, la que acontece en síntomas somáticos y de neurosis actual.

[15] Las vicisitudes de esta otra etapa del análisis se pueden encontrar en mi artículo "Identidad-mismidad. Las paradojas del yo" en La Peste de Tebas N° 19

[16] Dice Freud en "Inhibición, síntoma y angustia" (AE. T. XX, Pág.158, 159): "*¿Cuándo la separación del objeto provoca angustia, cuándo duelo y cuándo quizá sólo dolor? Y responde en la página siguiente: "El dolor es, por tanto, la genuina reacción frente a la pérdida de objeto; la angustia lo es frente... al peligro de la*

pérdida misma del objeto". Como la pérdida del objeto, siempre ya, aconteció, se puede decir que la angustia, en todos los casos, es neurótica. El dolor, como genuina reacción a la pérdida de objeto, induce al duelo *"bajo el influjo del examen de realidad, que exige categóricamente separarse del objeto porque él ya no existe más"* (AE. T. XX, Pág.160)

[17] El texto comienza con el anuncio de Françoise al protagonista *"! La señorita Albertine se ha marchado;"* y la reflexión de éste *"!Cuánto más lejos psicológicamente llega el dolor que la psicología!"*. El sentido que da Proust a esta frase lo desarrolla en las páginas siguientes y es el que creemos resumir en la frase expuesta: Lo más doloroso no es que Albertine se haya ido, sino que sea verdad. M. Proust "Albertine Desaparecida", Random House Mondadori S.A., 2007.

[18] Bien es cierto que esta afirmación debe matizarse, como todo 'remedio' poderoso el psicoanálisis también puede matar. Corresponde al clínico analista evaluar qué 'dosis' de '*verdad y dolor*' es capaz de ser tolerada. A veces, a falta de '*mejor remedio*', una adicción moderada es '*buen remedio*'.